

andanzas de viajero. Confieso ingenuamente lo capital e irredimible de mi pecado. Faltó cerca de este pecador un Manuel Segundo Sánchez que, con avaro celo, hubiese guardado aquella página en el arca de su devoción erudita. Recuerdo sólo que el viaje de Bolívar en el autor italiano termina en Velletri, cuando en realidad Bolívar siguió hasta Nápoles, donde en compañía de Humboldt y de Gay Lussac ascendió al Vesubio (1).

Cuán interesante no sería, ayudándose con un poco de adivinación poética, seguir a los dos Simones: a Simón Bolívar y a Simón Rodríguez, al discípulo y al maestro, al espíritu del uno aún en agraz y al espíritu del otro ya sazonado en la perfecta madurez, al predestinado adolescente que vé con ojos frescos y ávidos las cosas y al sabio que, siendo por su acervo de ciencia, uno como almacén o desván, es a la vez como perenne surtidor de ideas originales y vivas, empeñados en un diálogo pintoresco, interrumpido por graves y bellas meditaciones, a través del siempre nuevo y luminoso país de Italia. Así irían comunicándose el uno al otro impresiones y pensamientos, desde los pensamientos que suscitara en ellos la atmósfera caldeada de actualidad política de Milán, teatro de la segunda coronación de Bonaparte; la agonía de Venecia, entregada al Austria por Napoleón, a pesar de sus venerables tradiciones de república aristocrática, reina del Adriático, a pesar de su arte medio oriental, medio occidental, exquisito y vigoroso, a pesar de su literatura y de su lengua, como una prenda venal mercada en cualquiera bazar de su Mercería; la fragancia del alma culta y señoril, recogida a meditar bajo los soportales de Bolonia; el arte florentino y el sonriente paisaje toscano, hecho de valles minúsculos, donde abrazada al olmo crece y cuaja sus racimos la vid, y de suaves alcores coronados de cipreses y como ungidos de luz, hasta penetrar por último, ya casi al término de su peregrinaje, dentro de la visión de la campiña romana y de la misma Roma, la Ciudad Eterna.

Ya en Roma, aunque los documentos no pequen en este punto de abundancia y rigurosidad, es más fácil dar con la huella de los dos peregrinos. Hospedados en uno de los dos o tres hoteles de la Plaza de España, en los que para esa época se alojaban los forasteros de calidad, visitó los salones del Embajador español y sobre todo el de Guillermo de Humboldt, Ministro de Prusia ante la Santa Sede. Aquí sin duda conoció a Thorwaldsen, a Canova, a Rauch y a otros artistas de renombre, alemanes e italianos que, para esos días, trabajaban en la Ciudad Eterna y hacían corte respetuosa y amable a la señora de Humboldt. Por los juicios que a ésta merecían los artistas y sus obras, y se pueden leer en su correspondencia publicada en Berlín en 1909 (2) se advierte que poseía conocimientos artísticos y gusto como ya los quisieran para sí algunos críticos de arte. No hay en la correspondencia de la señora de Humboldt ningún rastro de la estada de Bolívar en Roma. Sólo se encuentra en ella de algún interés para nosotros la referencia a una carta que desde Cumaná le escribiera su cuñado Alejandro de Humboldt, explicándole que se había quedado en Cumaná más tiempo del previsto, embebecido con la transparencia y la luz del cielo cumanés.

Pero, con un compañero de viaje como su maestro, no sería esa Roma social, a donde se llega por los salones diplomáticos, la que más frecuentara el futuro Libertador, sino la Roma histórica, la Roma del arte, del paisaje y de las ruinas. Aseguraba ser el Coliseo *la más bella de las ruinas* y lo contemplaba aménudo *con insa-*

*ciable pasión*, cosa no extraña si se piensa que el Coliseo, aparte de ser la sobresaliente, era entonces la ruina casi única, y en que, desde el punto de mira de la política del Imperio, debía representar para él cuanto para la fe católica representa la cúpula de Miguel Ángel. Del Coliseo al Capitolio, a lo largo del Foro romano, desde el Arco de Tito al Arco de Septimio Severo, los trancos y gloriosos esqueletos de las basílicas paganas que hoy se yerguen al sol se hallaban entonces cubiertos por un denso manto de tierra y de horruras en el que brotaba la hierba y pastaban los bueyes y los rebaños de búfalos y carneros de la campiña. De todas suertes, además del Coliseo, ruinas había en el Foro, en el Palatino, por dondequiera. Una escuela iconoclasta, el futurismo, puso en moda hace algunos años en Italia el denigrar de arqueólogos y de ruinas, apellidando de *passatistas* a los que por cualquiera circunstancia vuelven los ojos al pasado y lo invocan, en la ingenua creencia de que el culto al pasado nos impide avanzar al porvenir, como si del pasado, de las ruinas y de la misma muerte no estuviesen de continuo brotando gérmenes de vida y de futuro tal como al despertar de la primavera, de los nidos fabricados entre los restos de columnas del Foro y en los escombros del Palatino suben al cielo de Roma el vuelo y el canto.

\* \*

Por virtud secreta de las mismas ruinas, quizás en el mundo nada hay que tenga el encanto sutilísimo de la primavera de Roma. A veces, mediado febrero, y a los dos lados de la vía Apia, en huertos que son columbarios y al ras de las catacumbas, tienden los almendros por igual la piedad de su flor quimérica y efímera sobre las tumbas de señores y de siervos; en los prados y bajo las encinas y los pinos-parasoles de la Villa Borghese—encinas y pinos que, con el ciprés, caracterizan el paisaje de Roma, como, también con el ciprés, caracterizan el paisaje toscano el olmo y la vid—abren sus ojos de candor las margaritas entre la grama; en los flancos palatinos, la retama, cara a Leopardi, prende su oro vivo, casi tan puro como el de nuestros araguaneyes en flor; se enlaza la hiedra al fuste esbelto de las columnas intactas y calca con verde nuevo el aéreo encaje de mármol de los capiteles derruidos; en el ambiente embalsamado por el mirto y de entre las pilastras rendidas de los antiguos palacios de los Césares, asoman los iris y los pensamientos o violas; cuelgan sus festones de flor las glicinas lo mismo sobre las cancelas de villas y palacios modernos que sobre un fragmento en escombros de los muros de Belisario o sobre las tapias carcomidas y medios enterradas que están donde fueron los jardines de Salustio; las ruinas del Foro, del Palatino, de la vía Apia, las ruinas dispersas en la ciudad, todas las ruinas de Roma parecen reanimarse, palpitar y vivir en medio al germinar de la primavera; y así Roma toda, como una sola ruina gigantesca, después de ser augusta y severísimo panteón, después de cubrirse de flores como un inmenso altar, acaba por trocarse en cuna inmensa, llena con el sonreír y el balbucear primeros de la vida.

Encima de ese augusta panteón, sobre ese inmenso altar, dentro de esa cuna, floreció en un lejano y dorado crepúsculo de Roma, el espíritu de Simón Bolívar, Libertador de América.

\* \*

Fué en lo alto del Monte Sacro, el Anio a sus pies, y frente a la Ciudad Eterna tendida al Sur, donde Bolívar juró *libertar a su país o morir en la demanda*. Sobre eso, ante la autoridad irrecusable del protagonista y la de Simón Rodríguez, testigo de excepción del juramento, no debieran caber dudas. Tanto Bolívar como su maestro es-

(1) Hamy—*Lettres Americaines*—es citado por Mancini—*Bolívar et l'emancipation des colonies espagnoles*. Pág. 147.

(2) En *Gabriele von Bülow, geborene von Humboldt*.—Berlín, 1909.—Ernst Siegfried Mittler und Sohn.